



Selección y notas de
César Chávez Taborga
Premio Interamericano de Educación
Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua

Expresión Poética del Beni

Prólogo de
Carlos Castañón Barrientos
Escritor y ex director de la Academia de la Lengua

© Rolando Díez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

ÍNDICE

Prólogo
Fabián Vaca Chávez
Rafael Arteaga Terrazas
Félix Sattori Román
Hormando Ortiz Chávez
Samuel Aramayo García
Gilberto Roca Casanovas
Luciano Durán Böger
Horacio Rivero Egúez
René Chávez Muñoz
Wilfredo Cortez Candia
Lola Sierra de Méndez
Asunta Limpas de Parada
Arnaldo Mejía Justiniano
Assad Simón
Lidia Parada de Brown
Félix Pinto Saucedo
Pablo Dermizaki Peredo
Alfredo Vaca Medrano
Mario Ojara Agreda
Ambrosio García Rivera
José Monje Roca
Elena Muzucos
Hernando García Vespa
Rubén Darío Parada
Carlos Rioja Ortega
Mary Monje Landívar
Ruber Carvalho Urey
Manuel Jesús Taborga
Pedro Shimose
Nícornedes Suárez Araúz
Germán Lecaro Durán
Hormero Carvalho Oliva
Rosario Aquirn Chávez
Vocabulario regional

A mi madre
raíz de lluvia y sol.

A Bebal, mi esposa,
serena luz
en mi camino.

Mi gratitud al joven Iván Barba Sanjinés por haberme colaborado en la lectura y transcripción de los poemas.

Mi agradecimiento a Ingrid Avila Chávez, Arnaldo Lijerón Casanovas, Carolina Barthelemy y Hans Dellien Salazar por haberme proporcionado algunas obras de poetas benianos.

Y

Mi agradecimiento a Chris Krueger, Rita Murillo, Carlos Urquiza, Fedor Pérez, Oscar Vargas y Eva Zamora por haber hecho posible esta publicación.

Prólogo

En 1974 César Chávez Taborga publicó la primera versión del libro que el lector tiene entre manos, lo hizo bajo el rótulo de *Perfil de la poesía beniana* (Ed. Urquiza, La Paz). En ella el autor nos ofreció, a lo largo de más de 230 páginas, una expresiva selección de la poesía compuesta en el departamento boliviano del Beni, desde su fundación en 1842 hasta el citado año de 1974, es decir durante casi un siglo y medio. Siendo esta la primera antología de los escritos poéticos benianos, su efecto fue colocar inmediatamente a ese extenso territorio departamental en el mismo nivel literario del resto del país. Parece cuestión de orgullo regional, pero cada una de estas ocho circunscripciones, excepción hecha, quizá, de Pando, cuenta con sendos florilegios que ponen al alcance de los estudiosos una especie de visión esquemática de la producción en verso de cada departamento.

Chávez Taborga tuvo en cuenta en 1974 la obra de 24 poetas benianos de ayer y de hoy, varones y mujeres. Los poemas de estos autores pudieron así cotejarse con la obra de los demás poetas bolivianos como J. F. Bedregal, Chirveches, Villalobos, Capriles, Peñaranda, Reynolds, Campero Echazú, Ameller Ramallo, Gómez Cornejo, Viscarra Fabre, Luksic, pues, con la antología, los benianos quedaron hermanados con estos últimos en el culto a la poesía y en las inquietudes estéticas respectivas.

Treinta y un años han transcurrido desde entonces y ahora, al conmemorarse un nuevo aniversario cívico del Beni, César Chávez Taborga brinda a los lectores una edición nueva, ampliada y revisada de su trabajo de 1974. La renovación empieza en el título mismo del libro, que pasa a llamarse *Expresión poética del Beni*, un nombre menos técnico y más elocuente, que hace referencia a la emanación del arte, de la poesía, a su exteriorización, realización y ejecución diríamos espontánea, como brote natural del alma de un pueblo. Chávez Taborga no ha hecho sino analizar atentamente ese fenómeno y recogerlo, recopilarlo, para ponerlo en manos de los estudiosos.

Otras modificaciones resultantes de que el material ahora es más extenso y se ha producido con mejor espíritu creativo son las siguientes:

- a) Los poetas incluidos ya no son 24, sino 33 (nueve más). Los nombres añadidos son: Asunta Limpias de Parada; Lidia Parada de Brown, Elena Muzucos, Rubén Darío Parada, Ruber Carvalho Urey, Nicómedes Suárez Araúz, Germán Lecaro Durán, Hornero Carvalho Oliva y Rosario Aquim Chávez (han sido retirados Jesús Ríos y Luis Leigue).
- b) Las autoras mujeres han aumentado de dos a seis: Lola Sierra de Méndez, Asunta Limpias de Parada, Lidia Parada de Brown, Elena Muzucos, Mary Monje Landívar y Rosario Aquim, cuatro de estos nombres constituyen novedad absoluta.

A través de Chávez Taborga vemos dibujarse de este modo el panorama poético del Beni:

Fabián Vaca Chávez posee fibra sentimental y por ello es un poeta de la línea posromántica.

Félix Sattori Román se acomoda a su época y sigue las inquietudes modernistas.

Hormando Ortiz Chávez, parnasiano y simbolista, su técnica le viene de Rubén Darío. Es también nativista, telúrico y vernacular. Su prosa sigue los "ismos" subversivos.

Félix Pinto Saucedo es poeta lorquiano. Sus versos poseen un ritmo fácilmente perceptible. Es versolibrista.

Ambrosio García Rivera. Es el principal poeta neoromántico del Beni. Escribe un verso neto, firme, de notas sensuales y eróticas. La inquietud existencial marca su poesía.

Ruber Carvalho Urey. Está poseído por el encanto que le provoca el mágico mundo de la mujer. Su alma es soñadora y tiene presente constantemente el medio geográfico de su tierra. Sus manos retienen una pluma que construye versos robustos, repletos de contenido, no precisamente densos, pero sí ricos en mensajes y significaciones.

Pedro Shimose, poeta de prestigio internacional. Su poesía ha conocido inquietudes religiosas, satíricas y profundamente humanas. En su obra premiada en Cuba, *Quiero escribir, pero me sale espuma*, se siente la influencia del peruano César Vallejo y también, aunque en menor escala, del chileno Neruda, cuya presencia podría estar, más bien, en *Poemas para un pueblo*, obra muy personal y sincera en su expresión. La poesía más terrígena y sensual de Shimose es la que se copia acertadamente en este libro: "Moxitania".

Nicomedes Suárez Araúz. Su poesía, dice Chávez Taborga, le crea una tensión entre la realidad y la subrealidad. Contiene creación lingüística y poética. Es surrealista por convicción. Pasa sobre él —añade— la nueva realidad en la que vive el poeta, influyendo en su vivencia creadora. Es beniano, escribe y crea en los Estados Unidos. Con originalidad concibió una teoría estética inspirada en la realidad amazónica. Como poeta ha transformado en versos muchas de sus ideas renovadoras.

En este grupo, el autor coloca a importantes escritoras del sexo femenino, veamos algunos nombres:

Rosario Aquim Chávez es el nombre sobresaliente. Su poesía, dice el autor, es surrealista, cálida y erótica. Está totalmente empapada en la geografía beniana, hecha de selva, corrientes de agua, luna, brillos de relámpagos, signos de lluvia. Navega en los cauces del existencialismo y el surrealismo. Este es un nombre de la poesía actual digno de tomarse en cuenta. Shimose y Aquim serían en este momento los poetas mayores del Beni. Ambos nacieron en Riberalta.

Asunta Limpías de Parada ha puesto una agradable poesía a destacadas canciones de la tierra beniana. Lidia Parada de Brown proyecta su alma en delicados versos hechos de nostalgia, amor y confesiones. Mary Monje Landívar tiene una poesía leve, graciosa y a veces voluptuosa, no exenta de inquietudes sociales, principalmente relacionadas con el trabajador de las minas de Bolivia. Elena Muzucos confiere a su poesía un sabor propio y regional con el empleo de símbolos nativos y la visión lírica de personajes de la tierra.

Deseamos éxito a este revelador e ilustrativo volumen de César Chávez Taborga.

La Paz, octubre de 2005

Leitmotiv

*Nuestros críticos de hoy se obstinan
en buscar en el poema
"el contenido grave y serio"
como si el valor estético del poema
residiera en lo que se dice
y no en la manera de decirlo.*

*JeanCohen
Estructura del lenguaje poético*

Fabián Vaca Chávez

(Trinidad, 22 de junio de 1883
La Paz, 22 de febrero de 1949)

Abogado y periodista. Fue diputado, senador y Canciller e la República. También diplomático. Ha dirigido El eco del Beni, de Trinidad; El Diario y La Razón, de La Paz. Se le considera, en el periodismo, uno de los mejores editorialistas del país.

El movimiento posromántico del Beni tuvo en Vaca Chávez a uno de sus valores más descollantes. Acaso porque es obra de juventud, su poesía se ahoga en un caudal retórico, con sabor erótico y cromatismo sensual.

"Sobre tu cadera recia y prominente / caen tus cabellos con sensualidad, / semejando un río de rauda corriente / hecho de perfumes y de obscuridad", canta en Criolla, poema de construcción clásica, de inspiración fácil y adjetivación sonora.

Como prosista cultivó un estilo sobrio, elegante, ajustado. Escribió prólogos, estudios, bocetos costumbristas y paisajiles, con gusto refinado y visión aristocrática.

Obra:

Para ellas, La Paz, González y Medina, 1912.

Escribió también *Carmen Rosa* (texto teatral en tres actos), La Paz, González y Medina, 1912.

Madrigal

La necia multitud alborotada
vio con asombro en ocasión pasada
un eclipse lunar;
y yo, que en mi aposento estrecho
escuchaba el bullicio desde el lecho,
me puse a murmurar:

Con júbilo profundo
anuncian los astrónomos al mundo
de un eclipse la próxima ocasión;
y no saben, los tontos, que en los días
en que abrir la ventana no solías,
¡hubo eclipse de sol en tu balcón!

Tristezas

No me puedes negar que siempre lloras:
el resplandor que en tus pupilas arde
ya no tiene la luz de las auroras,
sino las palideces de la tarde.

El extraño fulgor de tu mirada,
de tu mirada pudorosa y bella,
es una claridad arrebatada

de alguna errante y solitaria estrella.
Por eso la nostalgia te consume
y en tu cerebro el desencanto anida;
y el mundo, que es tan necio, no presume
los ignotos dolores de tu vida.

Yo también, como tú, no encuentro calma
y vago por el mundo, triste y solo,
llevando en las estepas de mi alma
la nieve de los páramos del polo.

Nuestro mutuo sufrir Dios lo ha querido.
Tal vez la comunión de nuestra pena
nos salvará mañana del olvido,
pudiendo ya exclamar: "la vida es buena".

Criolla

Bajo de tus finas cejas encarnadas
refulgen tus ojos de brillo andaluz,
y son un poema tus negras miradas
de amor de ternura, de fuego y de luz.

Sobre tu cadera recia y prominente
caen tus cabellos con sensualidad,
semejando un río de rauda corriente
hecho de perfumes y de obscuridad.

Nada hay que supere tu gracia divina
cuando vas tendida sobre un carretón,
o cuando contemplas el sol que declina
desde el camarote de una embarcación.

Cuando sus ardores agita la siesta
y en la hamaca entonas alguna canción,
vibran en las notas de tu voz de fiesta
todas las ternezas de tu corazón.

A veces navegas en una canoa,
coqueta, sonriente, graciosa y veloz;
y al ver que se yergue tu busto en la proa
tordos y maticos modulan su voz.
¡Qué voz más suave que tu voz canora!
¡Qué rosa más fresca que tu fresca tez!
De todas las almas eres la señora,
púdica y mimosa y altiva, a la vez.

Frescuras y trinos te ofrecen las frondas:
el sol sus caricias, su luz, su calor...
En tu cuerpo dejan sus besos las frondas
y sobre tus labios los deja el amor.

Por las verdes pampas, ricas de palmeras,
llevan los corceles tu busto gentil,
con un movimiento que da a tus caderas
el ritmo ondulante, sensual y sutil.

La luna te besa con su luz de plata,
las aves modulan sus voz de cristal;
y mientras tú escuchas esa serenata,
yo sueño con una pasión tropical...

Trinidad, 1906

Un suspiro de amor

En el llano. La siesta. Primavera.
El sol llueve su luz torrencialmente
sobre la esplendidez de la pradera
a la que adora con pasión ferviente.

La luz sobre la fuente reverbera:
creyérase que el astro sonriente
sueña con una erótica quimera
al contemplar su faz sobre la fuente.

Los tordos pasan en veloz bandada
como si sorprendieran la mirada
de alguna oculta y enemiga fiera.

El viento norte los ramajes mece
y su vago susurro me parece
un suspiro de amor de la pradera.

La muerte de las flores

Sobre la fresca lozanía del parque el Invierno imprime sus
ósculos de hielo.
Las flores se estremecen. Y el sol, que las contempla
y que las ama, sufre...
El sol está celoso.

¡Oh, qué triste es la caricia de la nieve!
Al reclamo constante del invierno las flores han cedido.
Y el sol, que las ha visto cobijarse con el manto del invierno,
cree que asiste desde arriba a las bodas de las flores con el hielo.
Y se escucha en el espacio el rugir de una tormenta.

Las flores no perfuman...
Las flores están mustias, deshojadas y marchitas.
Y el sol, que las contempla y aún las ama, ha observado que
las flores, al cubrirse con el manto del invierno y al abrir a las
caricias de la nieve sus corolas, no han sentido las ardientes
vibraciones de la vida ni ha brillado la sonrisa del color sobre
sus pétalos...
El sol duda.

¡Oh, cuán lúgubre es el sueño de las flores!
Y el sol, que las contempla sin descanso, ya no duda que las
flores —cuyo aliento no percibe— jamás fueron desposadas con
el hielo; que las flores, sus amantes, están muertas; y que el
manto que las cubre no es el velo de las novias, sino el lienzo
de la muerte.

¡Y el sol llora y se estremece y no fulgura!...



Fabián Vaca Chávez

Rafael Arteaga Terrazas
(Trinidad, 24 de octubre de 1885)

Con Fabián Vaca Chávez, Félix Sattori Román y Octavio Limpías Saucedo, perteneció al grupo intelectual de El eco del Beni, a comienzos del siglo, en Trinidad.

Los cuentos que logró publicar, inspirados en lenguas mojeñas, llamaron la atención por la elegancia de su prosa antes que por su técnica narrativa, en un ambiente desprovisto, sobre todo, de narradores. Como poeta, fue escaso de producción. Los pocos versos que ha sido posible recoger nos muestran un poeta romántico, descriptivo, con fugaces destellos premodernistas. Su inspiración estuvo dominada por el amor y el paisaje, y su poesía luce frondosa y colorista.

Rosas muertas

¡Se murieron!... No han sentido
ni el halago de tus rizos perfumados,
no han sentido el calor puro y ardiente
de tus besos febricentes;
no han sentido la caricia de tus manos.

Los claveles, tus hermanos,
no se han muerto de tristura
porque sueñan, sueño ardiente
en formar una corona,
en tus sienes colocarla
con un halo a tu hermosura.

Y en la tumba de las flores
que murieron en tu ausencia,
de las rosas que perdieron sus colores
extrañando tu presencia;
que murieron despreciando los amores
de los bellos picaflores.

En el vaso donde yacen para siempre

oigo a voces un lamento:
¡ves el alma de tus rosas
que murieron silenciosas
sin decir su sufrimiento!

Paisaje beniano

Ya no canta el ave triste en la floresta:
alegre sus trinos entona el zorzal
y son sus gorjeos preludios de orquesta
en los arrozales y en el naranjal.

El aire en sus alas envía la fragancia
de un perfume suave que viene del llano.
Extraños rumores transmite la estancia
que a veces semejan un gemir humano.

Mientras caminando voy por la llanura
el sol se levanta como una hostia roja
y tiñe el paisaje de rara hermosura
que aleja del alma toda su congoja.

Bajo las palmeras que la brisa mueve,
dentro del arroyo que corre sutil
baña su plumaje de armiño y de nieve,
irguiéndose airosa, la garza gentil.

Allá en la espesura del bosque frondoso
se oyen las candencias que murmura el río,
y en la fresca yerba brilla esplendoroso,
nítido, el diamante que finge el rocío.

El llano semeja una inmensa esmeralda
que fulgura extraños, claros resplandores;
el cielo refleja la púrpura y gualda
del astro que luce sus bellos colores.

Después que describen grandes espirales
bandadas de patos en torno del lago,
hunden su plumaje dentro sus cristales
y allá se acarician con dúlcido halago.

Nada hay que supere tan bello paisaje,
nada hay que reúna tan gratos primores:
el ave que ostenta vistoso plumaje
en las copas teje su nido entre flores.



Rafael Arteaga Terrazas

Félix Sattori Román

(Trinidad, 31 de marzo de 1893)

Desde su adolescencia una fuerte vocación determina su ingreso al periodismo. Primero en Trinidad, en El Eco del Beni, con los Leigue, Vaca Chávez y Arteaga Terrazas, y luego en Riberalta en La Gaceta del Norte, El Espectador y Sagitario. La revista Moxos, que fundara en 1936 con Gil Coimbra y Jesús Rioja Aponte —hasta hoy la mejor tribuna de las letras benianas— lo consagra como crítico literario con ensayos de alguna jerarquía.

Su producción poética, fecunda, no ha logrado el libro impreso, lamentablemente. Sólo periódicos y revistas difunden su obra primigenia. Poesía sencilla y evocativa la suya, es también luminosa y sugerente porque sabe descubrir en el paisaje algunos "estados de alma" que traduce sin afectación, casi monologando.

Su primera experiencia lírica está asistida por la "alegoría nocturna" de José Asunción Silva. Después, con Darío, cultiva el simbolismo y la libertad rítmica. Sin embargo, una adjetivación reiterada y preciosista lo lleva, peligrosamente, hasta las puertas del barroquismo de Carrere-Moreno, con quien tiene además una honda afinidad espiritual a partir del quehacer periodístico. Ya en su vida otoñal, Sattori parece refugiarse definitivamente en la "soledad sonora" de San Juan de la Cruz y en la imagen diáfana de Juan Ramón Jiménez.

Soirée

Tibia y clara es la noche. El palacio está de fiesta;
ya las locas parejas inundan el salón,
y vaga en el ambiente el preludio de una orquesta
que añora de Versalles las fiestas del Trianón.

Y mientras que se escucha el sonar de las botellas,
se aviva el escenario con profusión de luz;
los gallardos mancebos pasean a las doncellas
que ostentan pedrerías y brocados de Ormuz.

Risueñas las hermosas relucen ya sus galas,
es cada una de ellas bulliciosa y cortés;
se aprestan las parejas cual sílfides con alas,
y brindan los muchachos las copas de Jerez.

Entre el sexo galante de frívolas palabras,
las miradas son flechas que van al corazón;
y en medio del entusiasmo, con sus risas macabras,
aplauden las coquetas las gracias de un bufón.

La dama más honrada de una gentil comparsa
blasona de prudente si la asedia un galán;
y se aristocratiza con le champán de la farsa...
y llegan semiocultos Don Cupido y Satán.

¡Oh, huéspedes paganos, que perdidas ofrendas,
entre otras cosas aéreas, venís a proponer;
vosotros sois los héroes de todas las leyendas,
y estáis donde los hombres deifican a la mujer!

La Paz, 1915

A la media noche

A la media noche
al filo de mi espada
frente a tus ojos velados
por tules de silencio.

A la media noche
tus encantos
luces de obsesión
en mis sueños románticos.

Los dedos finos
de tus manos puras
lirios de la luna
en la media noche.
Cirios del deseo
los túrgidos pezones
de tus senos rosados.

Y junto a la estatua marmórea
mi ansia hiperbórea
rompiendo el vaso
de la media luna
en la media noche.

El poema de la angustia

Por la senda obscurecida
iban lentos los jamelgos.
Iban lentos bajo el peso de los sueños
como sombras de misterios nuestros cuerpos.

La noche estaba negra.
Nada más que dos luceros
—los luceros de tus ojos
que guiaban el sendero—
alumbraban nuestros sueños.

Tus ojos en la noche eran cirios encendidos.
los cirios luminosos de tu alma
coruscaban en la noche
la noche de mi angustia.

Mi alma atormentada largo tiempo
por deseos largo tiempo comprimidos,
asomábase a los labios,
asomábase a las sombras
en acecho de un amor irreveado.

Mas la noche era muy negra
y mi pena era más pena.

Mi pena era más negra
que la pena de la noche
en la selva poblada de luciérnagas.

Mi noche era más noche
que la noche infinita del Averno.

En la noche sin estrellas
iban lentos los jamelgos,
y dos sombras de misterio
en la senda se juntaban.

Tras la luz coruscante de tus ojos
se acercaban en las sombras
los fluidos de dos cuerpos,
y las sombras de dos almas

en la noche se juntaban...
¡Oh, la noche de mi angustia!
¡Tragábamos la noche, éramos de la noche,
y tú eras mía en la noche de mi pena!

Tierra verde, tierra cambia

Tierra verde, verde, verde,
verde de esperar machetes.
Verde con sueños de siglos.
¡Tierra cambia, cambia, cambia!

Aguas que vienen del Ande
besan tu entraña ignorada,
pasan buscando otros lares
y se aduermen suspirando.

¡Que nunca lleguen hombres
a perturbar este sueño,
tierra verde, verde, verde
tierra cambia, cambia, cambia!

¿Cuándo abrirás nuevos surcos
y tendrás cielos nuevos?
¿Cuándo habrás de redimirte,
tierra cambia, cambia, cambia?

La duda

Esto de acostumbrarse a querer
sin querer,
para terminar queriendo
y no queriendo.

Esto de no saber iniciar
la partida
con la bien Elegida
para mujer.

Y siempre querer
y siempre luchar
sangrando la herida...
¡Un eterno dudar
es toda la vida!

Yo he visto unos ojos

En la tarde cálida
de un día domingo,
yo he visto unos ojos
sobre una tez pálida.

Ojos hechiceros,
negros y profundos,
bellos, luminosos,
como dos luceros.

Ojos refulgentes,
grandes, atrayentes.
Ojos que acarician.
¡Ojos que electrizan!

Ojos en que vaga
algo de misterio,
de dolor secreto,
pena y cautiverio.

Miran soñadores,
y parece hablan
de tristezas hondas,
ensueños y amores.

Junto a unos cabellos
negros como el ébano,
sobre una tez perla
lanzan sus destellos.

¡Qué fulgor más lindo
sobre esa tez pálida,
en la tarde cálida
de un día domingo!

Los bueyes de mi tierra

Estos bueyes de mi tierra
parecen hombres esclavos.
Cabizbajos, taciturnos,
uncidos al carretón
cargado, tosco, pesado,
simbolizan el ambiente,
la pobreza, la inacción.

A veces alzan la testa
como si fuesen altivos.
Pero cae sobre su frente
el chasquido que hace roncha
y en la epidermis asesta
rojos puntos suspensivos.

¡Son tan mansos!... van jalando
lentamente la carreta
—¡Jí... Usa! ¡Jí...Jí... Usa!
les grita el carretero
y el látigo los azuza,
aunque en el charco se hundan
en los días caniculares
y hasta en las noches sin luna.

¡Qué filosofía profunda
encierra esa vil pereza!
Paso a paso, caminado,
Van rumiando su tristeza.

Y esa tristeza se aduna
a esta mi angustiosa pena
de ver que en mi tierra hermosa
—de amor propio, toda llena—
aún existe la coyunda,
símbolo de otros tiempos
de servidumbre y cadena.

Al atardecer

Como canta el ruiseñor
ella canta...
son sus notas tan suaves
de tristeza o de dolor,
cual si el ritmo de las aves
estuviese en su garganta.
Ella canta
como canta el ruiseñor.

Y en las tardes, cuando canta,
melancólica,
le revela grave al piano
cual si fuera un arpa exótica
la inquietud de su alba mano.
Mano fina...
Ella canta
en las tardes, melancólicas,
como canta el ruiseñor.

El huerto olvidado

En la paz aislada de este viejo huerto
donde los amantes un día se unieron,
hay graves misterios y hondas nostalgias
de amores locos que ha tiempo fueron...

Ya resuena un eco de palabras muertas
donde florecieron las idealidades.
Ya todas las rosas de oro del ensueño
fueron deshojadas por las tempestades.

Hay en cada sombra ignorados secretos,
hay en cada senda perfumes de idilio,
comunidad de penas de los que se aman
con amor supremo hasta en el exilio...

Hay lamentaciones de sedientas bocas
que un día besaron con amor lunado.
Son plegarias tristes que el viento se lleva
con las hojas secas del huerto olvidado.

Hormando Ortiz Chávez

*(Santa Ana, 4 de noviembre de 1896 ,
Trinidad, 1 de febrero de 1950)*

Aunque ejerció la docencia hasta su muerte, Ortiz Chávez fue, ante todo, poeta. Desde la cátedra divulga a románticos, comenta a parnasianos, estudia a simbolistas. Poeta declamador, en su mundo interior transitan los cuervos de Poe, los ruiseñores de Heine, el águila de Hugo, el faisán de Darío, las "mariposas" de Baudelaire. Y Verlaine —"¡el maldito Verlaine!"— también puso sus gotas de "ajeno" en su alma receptiva y creadora.

En Ortiz Chávez hubo una conciencia estética y una técnica verbal que le venían del indio chorotega de "los pausados giros". Y si admira a Hugo y Baudelaire, a Darío le ama con delectación casi morbosa. De *Azul* prefiere las prosas. Y de *Prosas profanas*, los versos que declama siempre. Pero de *Cantos de vida y esperanza* hace su libro de ensueño y vigilia.

A su inspiración alada y caudalosa, une una rara habilidad para el manejo técnico del verso que le permite, incluso, improvisar. Espontáneo, imaginativo, acusa transparencia lírica y armonía verbal, aunque peca, a ratos, de desenfreno declamatorio.

Construye su orbe poético con elementos arrancados del ámbito nativo y ello le da vivacidad telúrica y vigor vernacular. Pero no faltan en su poesía, a manera de "fugas", algunas infiltraciones exóticas: princesas, marquesitas, pajes, cisnes en aguas lamartinianas...

Orgullo

Multitud que vejó mis harapos
allá en la mañana sin sol de mi vida.
Quise hacerte mil veces guiñapos:
hoy veo que tus odios me hicieron panida.

Tú supiste dolor en mis horas.
¿Dolor es dardo? ¡Dolor son las glorias!
De dolor son las notas sonoras:
¡lo dicen los himnos que cantan victorias!

No busquéis al Artista en el solio:
buscadle entre el pueblo que sufre y que llora,
que el Artista no amó el Capitolio:
¡él ama los lirios que besa la aurora!

Multitud: ¡tú me hiciste poeta!
Me diste el enorme caudal de mi verso.
Y fundido en mi angustia secreta
¡me creo más vasto que el vasto Universo!

Anhelo

Me ha mordido el recuerdo, como un can. Esta tarde
siento un ansia invencible de soñar y cantar...
Me he bañado en el río, mas mi espíritu arde
y quisiera lanzarme, como el viento, a volar.

Cómo es bello ser astro, sugerir ilusiones,
en los viejos telares poner luz y calor,
y después, como el ave, llevar a otras regiones
el alígero soplo de un ensueño de amor.

Me ha mordido el recuerdo, como un can. En mi infancia
yo corrí por los campos de mi pueblo natal,
y mis risas tenían la exquisita fragancia
de la rosa más fresca del más bello rosal.

Quién trajera una nota de esa lírica risa,
corretear por los campos y tenderse a soñar...
y después ser perfume, transfundirse en la brisa
y volar a otras playas, ¡convertido en cantar!

Desconfiada

¿Por qué ese ceño adusto, si dices que me quieres?
¡Si todas mis palabras para ti son de miel!
Te eligieron mis sueños y mi reina tú eres
y ni miro a ninguna, ¡para no serte infiel!

¿Mi pasado te inquieta? ¡Pero no seas tontina!
¡El pasado es la nube que no vuelve jamás!
Yo encontré en los arpegios de tu voz cristalina
la expresión que dice: "¡Ya no vuelvas atrás!".

Mira: seca esa perla que humedece tus ojos.
Te daré la caricia que a ninguna le di
y en la cálida alcoba calmaré tus enojos
con el beso más dulce que guardé para ti.

Y después cruzaremos como rayos gemelos,
derramando en la noche nuestro aporte de luz.
¡Porque el mundo no sabe de los castos anhelos
de dos almas que se aman a pesar de su cruz!

Cuadro beniano

Un sol de ocaso baña en las ondas
sus resplandores de oro y rubí,
mientras los tordos, entre las frondas,
cuentan amores y penas hondas
a las gacelas y al colibrí.

Sobre la margen del arroyuelo,
la india más bella de hispano harem
vierte su llanto de desconsuelo
porque el infante del reyezuelo
la hizo su esclava con su poder.

Sobre las aguas de una laguna
tiende sus brazos el quitasol:
Victoria Regia, Blanca de Luna,
la flor más bella cual no hay ninguna,
la enamorada del padre sol.

Por las orillas de los esteros
tiende su nieve la garza real
y hacia los ojos de un cocotero
viene un gran loro dicharachero
con su "bullanga" de colegial.

Y al fin la tarde se pierde lenta:
ruge en los bosques el Rey Jaguar
y la gran comba surge opulenta
con sus luceros, que son la ofrenda
de las fogatas del regio Aduar.

Al Mamoré

Como una cinta azul hecha de encaje
cruzas rozando tu florida gualda,
y al escuchar tus voces el ramaje
te ofrenda con su veste de esmeralda.

Los silfos de tu orilla enamorados
cultivan para ti pálidos lirios.
los gnomos de la noche entusiasmados
forjaron en tu loor múltiples cirios.

La luna hunde su faz en tus cristales
y al zambullir, en tu pasión fogosa,
parece que celebran esponsales
los diamantes, las perlas y las rosas.

Y cruzas murmurando ritornelos
hacia la mar voraz, do no regresas,
y te cubre la muerte con sus velos
y sucumben los cisnes de tristeza.

Volver...

Volver... para soñar el mismo sueño
que se fue para siempre envuelto en duelo,
para beber el néctar del beleño
en la copa inefable del consuelo.

Besar los mismos labios que mintieron
la misma adoración ver derrumbarse,
pero vivir los sueños que se fueron,
aunque de nuevo tenga que llorarse.

¿Acaso en el volver, si se ha gozado,
no se vuelve a gozar? ...Todo es quimera
y vive en los altares del pasado
la primera mujer que nos quisiera.

¿Qué importa si mintió? Se la ha querido,
y volverla a querer, es ser sincero;
pues las tinieblas crueles del olvido
no empañan los fulgores del lucero.

Y lucero es la fe que nos juraron
en la primera edad que no se olvida,
por eso los amores que pasaron
son el recuerdo, herencia de la vida.

En tu ara

De allende mi provincia donde brota
en lágrimas de almíbar la corriente,
donde el trino es azul y cada gota
deja un rayo de luz sobre la frente.

Vine con mis endechas de vidente
armado con mi péñola y mi cota,
para rendir con la canción vehemente
un chispazo de amor en cada nota.

Recíbeme en tu ara y pon la seda
de tu mano gentil —blanca reseda—
sobre el cálido sol de mis orgullos.

Y en el lago de amor serás mi Leda
que en el cómplice estol de la arboleda
adormezcas mi fiebre, con arrullos.

Para dormir...

Vieja casona silenciosa y fea
donde reposan las leyendas grises
de monjes soñadores, donde ondea
la estela de mis luces más felices.

Cuando en la noche tu pavor deslices
y grazne la corneja en tu azotea,
manda, para curar mis cicatrices,
un beso del lucero de mi aldea.

Tú me hiciste soñar cuando la suerte
era sonrisa y flor y melodía...
Hoy que triste y sin fe no puedo verte,

pídate me reserves siempre pía
un oscuro rincón de tu abadía
¡para dormir estrecho con la muerte!...

A Magdalena

Vieja ciudad de mágicas leyendas
tejidas en amparo de tus frondas,
quiero sumar mi ofrenda a las ofrendas
de bardos que jugaron en tus ondas...

En la linfa sutil del Itonamas
y en "El Chorro" que irizan las auroras,
desgrana el sol el fuego de sus flamas
y se inspiran las mentes soñadoras.

Te canto sin haberte conocido
porque ya te presiento triste y sola,
y quisiera arrancarte del olvido
en el lomo brillante de tu ola.

Yo quisiera tejer mis madrigales
al dulce roce de unos labios rojos,
e imitando a los bardos medioevales
dejar a tus portales mis despojos.

Cual la bella durmiente en la floresta,
bañadas por tus aguas cristalinas,
te acarician las aves con la orquesta
de viajeras y amantes golondrinas.

¡Cómo aspiro bañar en tus quietudes
el calor de mis férvidos anhelos,
e infundir en tus bravas juventudes
el ansia de volar por otros cielos!

Arroyito de Trinidad

Como una hebrita de plata
que da vida a Trinidad,
va escurriéndose al lbare
tu cristalino caudal.

Acarician tus orillas
flores de carmín y gualda,
y un gran campo de esmeraldas
te circunda por doquier.

Juegan en tus limpias aguas
como náyades, los niños
y entre saltitos y guiños
el chuchío te da rumor.

Arroyito de mis sueños,
de mis horas juveniles,
en mis dolencias febriles
tú disipas mi penar.

En una débil canoa
bañé mis años mejores
y mis primeros amores
por tus linfas paseé.

Zambullendo cual los peces
de oro, escarlata y seda
como el gran cisne de Leda,
tus garzas son un primor.

Bien sabés lo que te digo,
nadie se importa de vos,
y lo que sos se lo debés
sólo a tus cambas y a Dios.

Sólo te adoran los hijos
nacidos en tus riberas;
que aún en playas extranjeras
sienten tu leve rumor.



Hormando Ortiz Chávez

Samuel Aramayo García

(Trinidad, 2 de noviembre de 1901
Cobija, 25 de julio de 1941)

Aramayo García recoge, en su verso, el colorido del paisaje y la expresión nativista de su tierra. El árbol, la pampa, el río, el carretón, la danza, todo ha sido incorporado a su lírica bucólica y panteísta.

Fue el primer poeta de los niños del Beni. Su poesía infantil tiene una franca intención pedagógica que ahoga el vuelo lírico y el mensaje estético. Sin embargo, algunas de sus composiciones —*Campanitas de mi escuela*, *Las vacaciones*— son dueñas de una frescura matinal encantadora.

Los macheteros

Ton, ton, tontochi, ton-ton,
suenan los tambores
de los macheteros.
Y en sus cascabeles y flautas sonoras
evoca la raza sus tiempos primeros.

Un fuego de luces refulge el plumaje
que en la testa llevan como real diadema.
Y hay en la cadencia de su danza suave
de las moperonas la gracia suprema
y el trinar sonoro de las bellas aves.

¡Oh, danza sagrada
que cual dulce ofrenda
en el Gran Paititi resuena sonora.
Hay en tu sancuti sabor de leyenda
y un eco lejano que el Beni atesora!

Crepúsculo beniano

Vienen rechinando desde la laguna
las lerdas carreteras de los leñateros.
Las yuntas uncidas, sin protesta alguna,
tiran al "ji-úsa" de los carreteros.

Por los caminitos de la pampa extensa
se aleja el ganado rumbo a los corrales,
canta el guajojó su tristeza inmensa
y los tordos trinan en los matorrales.

Una suave brisa peina los follajes
poblados de aves y sembrados de trinos.
Invade la sombra todos los ramajes
y negros fantasmas cruzan los caminos.

Torcazas y loros pasan en bandadas
en busca del blando refugio del nido,
los grillos rechinan desde las aguas
llenando el espacio su agudo chirrido.

Sobre la arboleda que esfuma el ocaso
la tarde diluye su llanto de oro.
La noche ha llegado con taimado paso
y a la luna entonan, las ranas, su coro.

¡Oh, tierra beniana de simpar belleza,
de gratos encantos y dulce ambrosía,
puso en tus ocasos la naturaleza
la nota más tierna de amor y poesía!

Leñador

Leñador:
no hieras al árbol
donde cuelga el ave
su nido de amor.

Leñador:
detiene tu acero
y ese corte fiero
no des por favor.

Leñador:
no hieras al árbol
que te da su fruto,
su sombra, su flor.

Leñador:
cambia tu tarea
por otra mejor:
¡hazte sembrador!

Sembrador

Sembrador, ¡siembra tu grano!
Que una mies lozana y rubia
brotará cuando el verano
se derrame en clara lluvia.

Sembrador que vas arando
con vuestra yunta jadeante
y en los surcos vas dejando
la semilla fecundante.

Ya cesó la cruel pelea
que marchitó tu sembrado.

Sembrador, a tu tarea,
¡que la paz ha retornado!

Sembrador, mi buen amigo:
siembra granos, siembra flores,
porque el pan nace del trigo
y el perfume, de las flores.



Samuel Aramayo García

Gilberto Roca Casanovas

(Santa Ana, 5 de junio de 1904
La Paz, 2 de diciembre de 1935)

La producción de Roca Casanovas comienza en su pueblo natal y en Trinidad, pero adquiere definición al fragor de la metralla en la guerra del Chaco, como la de Otero Reiche, el gran lírico cruceño.

Fue un temperamento melancólico, reminiscente, pero también exclamativo. En su verso alternan la fluidez, la penetración y el vigor lírico, signos prometedores de una poesía esencial.

Poema rojo

(Fragmento)

¡Las horas son un signo irreveado!
Al impulso de manos misteriosas
ellas tuercen en rucas invisibles
el hilo enmarañado de la vida.
Son risueñas, alegres, juguetonas;
y son negras, amargas y dolientes;
son profundas, serenas, apacibles,
y propicias, ligeras, sensitivas,
volubles, caprichosas, fugitivas.

¡Las horas son un alma de mujer!
Yo he sentido su paso sobre el sueño
que vivimos en plena Florencia,
y en los años de penas prematuras.
Hoy que pasan tan largas, como siglos,
he intentado escrutar en lo profundo
de esa esfinge diabólica y terrible:
¡Me he perdido en lo negro de las sombras!
¡Entre escombros ya mustios y sin alma
encontré un corazón de dura piedra
y unos ojos profundos que lloraban
la arena del reloj de mi destino!

¡Cómo danzan las horas
de mi angustia secreta!
¡Cómo pasan las horas!...
Fluyen tristes, pausadas,
con misterio de enigma indescifrado.
Ellas guardan la urdimbre de los tiempos
que sepulta la noche del olvido
y siembra dudas crueles de lo arcano
con sus danzas macabras, silenciosas.
Hacen luego sus gritos
multiformes y alados
como tenues suspiros
"¡como errante tristeza
que dice la amargura de los siglos
y solloza el dolor de las edades!".
Enseguida se cimbran
como arcos luminosos que vibran
sacudiendo su rígido reposo,
y sus cuerdas sutiles, de oro viejo,
que agitaran las penas del pasado
se preparan al vuelo de las flechas.
Surge entonces la luz, huyen las sombras,
y ocultando sus muecas el espanto
se diseña el fulgor de una sonrisa...

Anhelo íntimo

Cuánto diera por verla un solo instante
y encontrarle las penas que he sentido
en la noche infinita de la ausencia,
más amarga en las horas del combate.

¡Mirándome en el cielo de sus ojos
cómo anhelo me besen sus caricias!
Yo vagando por bosques corpulentos.
cantando nuestro amor bajo las sombras.

Y cerca de un arroyo murmurante
adormirme en su pecho como un niño
inocente del crimen de la guerra.

Sentir la eternidad en ese instante,
y la brisa jugando con las hojas
y las hojas, ¡en dulce cuchicheo!

Yo he soñado

Yo he soñado en mis noches que transito la senda
toda llena de flores que conduce al parnaso
y en despierto he seguido, caminando al acaso,
un camino distinto de esa mágica senda...

Cuando mi cuerpo duerme gran poeta me siento
porque entonces el alma, volando hacia otros mundos,
recibe de las musas el misterioso aliento
que cristaliza en versos los ideales profundos.

Y es por eso que apuro las horas de mi vida
matando en este cuerpo la arcilla miserable
con éter y morfina... ¡y con gozo inefable!

Camino hacia la muerte que será bienvenida,
porque durmiendo el sueño, que nunca se termina,
¡recibiré los besos de una musa divina!



Gilberto Roca Casanovas

Luciano Durán Böger

(Santa Ana, 12 de noviembre de 1904)

Poeta, novelista, crítico de arte. Es el escritor más representativo del Beni. Su narrativa, caprichosa en lo formal, alienta una temática raigalmente beniana: cálida, exuberante, llena de luz. Los elementos telúricos y húmedos de *Sequía*, *Inundación* y *En las tierras de Enin* han sido captados con los instrumentos de lo que Lukacs denomina el realismo crítico vitalista. La de Durán Böger es además una voz rebelde, románticamente revolucionaria, aunque erizada de lujuria tropical.

En Durán Böger se da un caso extraño: es más poeta en su prosa que en su verso, aunque se mueve con soltura y limpidez en el verso libre, de estructura menor. Sus metáforas, sencillas, recrean la realidad en forma traslativa: —"Por los paños del alba / viven tus ojos muy negros". Y sus imágenes poéticas conjugan elementos vitales con ingredientes psicológicos: —"Esta / vez / con soledad sin remos / te miran mis hombros doloridos".

Es dueño de una larga experiencia lírica y ha recorrido variados escenarios. Su verso, por eso mismo, exhibe formas que van desde el simbolismo hasta el vanguardismo, sin perder, esencialmente, su acento vital y su colorido. Junto con Horacio Rivero Egúez y Wilfredo Cortez Candia, se presenta como un renovador formal de la poesía beniana dentro de los "ismos subversivos" entrevistados por Guillermo de Torre.

Pero Durán Böger, alma tensa, espíritu nervioso y ágil, parece haberse definido por una inspiración futurista a lo Maiakovski: —"Lo que ahora / es una esperanza extraña / mañana / será una realidad vestida de overol".

Obra: *Geografía de la sangre*, La Paz, Imprenta del Estado, 1963.

Bienvenida

Ansioso
estaba el corazón
por verte.

Has
llegado contenta
con el traje sencillo
de mis primeros versos.

Primavera
de las sonrisas
mañaneras
abre la alcoba
de la tristeza vieja
y en el espejo
rinconero del alma
mírense las auroras
de tus ojos.

La suprema dicha

Viniste
hacia mí
con el tranquilo paso
del agua
entre las yerbas.

Mi anhelo
atisbando la alegría
secreta
de mis profundos ríos
besó tus ojos
y tu alma.

Tus manos
cogidas por las mías:
dos instantes lejanos
del barranco
en una eternidad
de esperas.

Pongo

¡Pongo,
centinela avanzado de insomnio!
¿No conmueve a tu alma bronceada
la desnuda frialdad de la noche?

Tu vida olvidada en la puna
cierra y abre incansable
una muda protesta nocturna
que lastima a la Tierra.

Tú acechas medroso
la soledad viviente
sin gritar al destino...
que encadena tus horas.

¡Pongo:
Abandona el umbral de tu angustia
y cosecha en tu poncho
llamaradas de auroras!

¡Tú abrirás la gran puerta futura
de la casa de todos!

Si somos el alma

¡Poetas
altivos!
Nos duele el tormento
pesado de sombras
que anuda la Noche
en los ojos
hambrientos de luz.

Sufrimos
al ver que las calles
burguesas
se tragan: placer
de los sueños
que es trigo y amor
de los hombres.

Sufrimos
al ver que las calles
burguesas
nos venden las horas
amargas
—trajín de miserias—
voceando: ¡comprad!,
son más blandas
que todas las piedras.

Nos duele
la enorme y profunda
mudez de la Tierra
que no puede gritar
ni al Sol
ni a los vientos
el dolor silencioso
de pueblos famélicos.

¡Si somos el alma
poetas altivos!
los hijos del hambre,
si somos el alma
poetas altivos!
los hijos del hambre,
si somos el alma
insaciable
de amor y belleza,
¡que arraiguen protestas
en nuestras heridas!

¡Si somos el alma
poetas altivos!
—el alma de todas las cosas—
derecho tenemos
a decir a los mares
que son infinitos los seres
que ignoran la Dicha y la Paz
de la Vida.

Silencios

Signo
grave
en el fondo
de este débil tic-tac
de nuestra sangre.

¡Oh! responder
de piedra
en la agrietada
redondez
de nuestras vidas.

Prolongado
correr de río
es esta interrogante
de ser y no ser
de lo que somos.

¡Hay silencios
de siglos en mis pasos!

Poblana

Esta
vez
con soledad sin remos
te miran
mis hombros doloridos.

El tiempo desprecia
tu virginidad de malva
y tus uñas pintadas por la Aurora.

Eres remanso de ternura
con olor de vainilla
y ausencia de poblados pretéritos.

Desde este laberinto
ciudadano
sin amor que me hiere:
—muchachita de selva

y de pampas azules—
recién recuerdo ahora
el cariño de mi pueblo
en olvido.

Se han trenzado tus cabellos

Por
los paños del alba
viven tus ojos muy negros
y en tu espejito sonríen
cuando te sigo con ansias
de tigre o de toro negro.

No sueltes tu cabellera
ni en el vértice indiscreto
de la adusta catedral,
ni en la esquina que adivina
las colinas del deseo,
los barrancos del secreto
donde un día pasajero
quiso abrazar tu cintura
la travesura del viento.

Cabellera de mis pampas.
Danzarina de la danza
del taquirari movima.

Brisa y brisa. Por la brisa
se han trenzado tus cabellos.

Flor de leche. Flor de espuma
de la estancia de mis versos
donde trotan los surazos,
donde enlazo los luceros
sobre el potro del Yacuma.

No sueltes tu cabellera
que temo enredarme en ella
como se enreda entre lianas
el cervatillo de seda
del bosque de mis estrofas.

Por la Virgen de Cotoca,
por San Roque con amor,
por mis manos que te tocan
trenza siempre, siempre trenza.

¡Oh, el trigal de tu cabeza
más redondinga que el sol!

Quisiera volver

Perfil
borroso de mis pueblos.
Nadie tiene derecho a custodiar
el canto de la vida
ni la soledad del árbol.

La selva
es la matriz total
sin tesoros recelosos
ni rascacielos
de tumbas colectivas.

Felices muchachuelas
antes de ser cimbradas
por el puño
laceador de soledades.

Añoro la tristeza
inmotivada
que se alza en el barranco.

Quisiera volver
pero no puedo.

La ciudad esclavizó mi espíritu
y ya no soy el hombre sencillo
y bueno de la Tierra.

Soy un microcosmo del tumulto
despavorido tras el centavo que huye
dejando en nuestras manos
una llaga de siglos descarnados.

No se mezquina a nadie

Pan
de la materia eterna,
mira con ternura
y henchido de horizontes.

(Lo mismo miro yo).

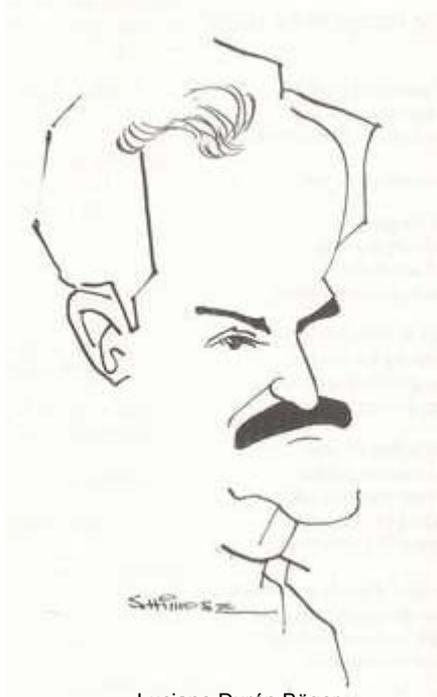
Es así de grande,
mundo en síntesis
para los niños
de las esquinas pálidas.

El pan de mis caminos
no cabe en los navíos
de los grandes señores
del desprecio.

Ni cuchillos de oro
ni manos con anillos
para este pan que adoro
partido por la gracia
de quien lo puede todo.

¡Pan mío! ¡Pan de mayorías!
¡No se mezquina a nadie!
Sacrificio de sal de trigo
y leños encendidos.

En el convite de la vida
te multiplico cada día
cortado sin dolor
con el templado acero
de mi verso
sobre el mantel de todos.



Luciano Durán Böger

Horacio Rivero Egüez

(Reyes, 12 de julio de 1905
Trinidad, 20 de agosto de 1973)

Su producción literaria —inédita, en general— va de la poesía al cuento y de la biografía al ensayo. Junto a sus profesores más calificados —Rafael Seghers, Mario Saielli, Félix Sattori Román, José Chávez Suárez— siembra inquietudes y comparte responsabilidades intelectuales desde muy joven. Colabora literariamente en *El Diario*, de La Paz; también en *El eco del Beni*, *Vanguardia* y *El pueblo*, de Trinidad. En 1951 obtuvo el Primer premio en los juegos florales nacionales, con su poema *En elogio del Beni*. El Ministerio de Educación le ha condecorado con el grado de "Caballero" y en 1962 le otorgó *La gran orden de la Educación Boliviana*.

Admirador, en un comienzo, de Gutiérrez Nájera y Amado Nervo, sin incidencias en su poesía, Rivero Egüez ingresa en el modernismo por la puerta de Chocano. Joven ya, el torrente épico y sinfónico de "los claros clarines" lo incorpora como uno de sus adalides. Sin embargo, el poeta, en impaciente búsqueda, allega reservas y reajusta recursos para crear, con expresión típica, esa suerte de poesía cambia que se anuncia en *El tontochi*, reminiscencias rítmicas de la *Marcha triunfal*.

Su rápida incursión en el vanguardismo en compañía de Durán Böger no le sirve sino para tomar conciencia de que el tropo futurista —"peinetas de la luna", "cabalgatas de nubes" — es ajeno a su temperamento y a su expresión estética. Porque la suya es una poesía musculosa, enfática, de imagen directa y objetiva, con elementos sustantivos: vórtice y cachuela, remo y batelón, mayordomo y siringuero. Hay en esta poesía, además, un ritmo de plurales asonancias y de versificación libre que contribuye a que la voz del poeta sea más profunda y más clara cuando descifra el problema de la inundación. O cuando en su canto *En elogio del Beni* dice:

¡Oh, este hombre del Beni hecho de agua
de hamaca, de melaza y de torrente!;
¡oh, este hombre del Beni hecho de lodo
que es domador, delfín y siringuero!;
¡oh, este hombre del Beni hecho de luna

que es cachafaz, caporal, poeta!
ciñe en la frente sus diademas plumes,
es en la fiesta corifeo y tontochí;
chontiles dardos en la diestra ciñe,
si es en la tribu pacaguara o chama;
¡y atado en su corcel corta los vientos
con la fyanca de su lazo ocho
para enredar el testuz del toro!

Nunca el romance fue instrumento adecuado para su voz. Al dar paso en su última producción al octosílabo rimado, vino perdiendo plasticidad lírica y vigor conceptual. Su Santos Noco -nombre que toma de un personaje histórico de los Moxos-pretende imitar al Martín Fierro de los predios platenses. Poema con "transposición" de ambiente, hombre y paisaje, este Santos Noco carece de la reflexión, sabiduría criolla, color terrígena y, sobre todo, de esa arrogancia campechana y romántica del personaje gaucho. Tiene sí, como expresión suya, anécdota entusiasta y vivacidad tropical que lo han hecho agradable al paladar estético del moxeño.

Obra:

Hojas y cáscaras, La Paz, Imp. Burillo, Municipalidad de La Paz, 1968.

Los conquistadores

Rasgó en el camino
el tropel glorioso de los horizontes;
fornidos y bravos parecen centauros,
parecen bisontes.

Parecen los ecos de la edad de piedra,
los que fueran sueños y hoy son realidades;
traerán el imperio de las Doce Tablas
y el de las Verdades.

Sus yelmos son blancos,
blancas son sus lanzas,
son los mensajeros de los quijotismos
y las esperanzas.

Están empolvados,
nos tren la noticia de los continentes
en el oro opaco de sus charreteras
y en sus alabardas semirrelucientes.

Y en medio de la roca
plantarán su tienda los conquistadores,
y en la cima enhiesta cantarán el himno
de los redentores.

Y entre sus trompetas y sus cornetines,
fornidos y bravos como los bisontes,
cantarán sus himnos de bronce y de piedra
todas las gargantas de los horizontes.

Nos dirán después: "Ya somos
los que fueran sueños y hoy son realidades:
somos el imperio de las Doce Tablas
y el de las Verdades".

Volar

Volar como pájaro,
¿Por dónde? ¿Hacia dónde? ¿Por qué?
Posarse un instante en las ramas,
y, volar otra vez.

Ir en pos de otro cielo,
de otro Dios ir en pos;
mas, después de apagado ese vuelo
no alcanzar ese cielo,
ni siquiera el consuelo
de encontrar ese Dios.

Y pasar solitarios y errantes,
sin fe en nuestros pechos,
sin techo,
ni hogar.

Con la eterna quimera de cantar,
siempre adelante;
de saber que podemos,
si queremos
volar.

No vivir en un sitio:
esperar la mañana en un valle florido;
cuando venga la tarde estar lejos del nido,
y volar
por el mar...

No pensar más en la vida,
sentir el pasado cual un yermo vacío,
no llorar las nostalgias de la fe destruida,
ni sentir más tristezas si en invierno hace frío.

No vivir la misma hora en un día,
cambiar de facetas como el prisma de Inés:
cantar hoy la pena más honda y más fría,
cantar enseguida el placer más fecundo:
cantando la pena primero,
que venga el placer un segundo,
después.

Volar como un pájaro.
¿Por dónde? ¿Hacia dónde? ¿Por qué?
Posarse un instante en las ramas,
y, ¡volar otra vez!

Inundación

Se oye un rumor de ola y de torrente,
que se anuncia distante y que se acerca,
rumor que se atropella y se agiganta
como eclosión de ruidos ancestrales;
amalgama inefable de estampidos
que en el duro bosque se hacen eco
y horadan sin cesar los albañales:
los cedrales se inclinan, caen vencidos;
los barrancos se rajan, caen a plomo;
se maceran las piedras con las piedras;
la corriente se marca en borbollones
y en el son unisón de las acústicas
hay locuaces indicios, prepotencia
de algo que es irrupción y que es catástrofe,
quejumbre colosal de cordillera
que se derrama por tonantes brechas
y se resuelve en pánico y desastre.

Es la voz de la sierra, el Puma Punko,
el San Benito, el Amboró, el Tunari;
un espanto de piedras que se quiebran
en los oscuros campos del Vandíola;
son los hielos al sol que se desatan
en diluvio, en raudal, en cataratas
por la jungla estival de Moxitania;
y es la tremenda inundación que vuelve
por las tierras de Job, que son del Beni.

Cuarenta días y cuarenta noches
el cielo es tromba, ducha y batahola;
los potentes caudales de febrero
desde lo alto caen como trallazos;
mecidos por el viento los garceros
emigran hacia el norte de sus bandadas;
¡todo se acaba, se hunde, se destruye
bajo la ira del caudal celeste!
los nidales se caen de los aleros,
los paujiles se van de los boscajes;
los búhos, los caranchos, las cornejas
apavorados dejan su escondite;
las calles son raudales y torrentes
y las moradas caen en las ciudades.

El Chimoré, el Chapare, el Izarzáma,
el Mamoré, el Sécore, el Río Grande
ahora son monstruos los que fueron ríos,
bocanadas sin ley fuera de madre,
monstruos que andan por los barrancones
como lengüetazos de un océano inmenso
sobre el que flotan en coma y agonía
cornamentas, mastines, avestruces,
carpinchos, mariguanas, papenores
mezclados a la espuma y la paliza
en los giros sin fin de los remansos.

La trabazón de palos, de ruidos,
de excremento, de impértigo y de cieno;
en el fondo del caos y la corriente,
a bubuya, al garete, aguas abajo
se pone a flote, se encabrita, ambula
y empieza a fluir en caravanas
hacia los mares insondables y ávidos,
inefables viajeros de la muerte
como si fueran gránulos y olvidos.

El hombre de a caballo y de arboleda,
el peón de lazada y de carreta,
el que era herramienta de montaña
y hacía fructificar la sementera
es ahora un hombre delfín, hombre de agua
que en la cañuela y los rebullos bufa
tratando de agrupar en las ciudades
a la madre, a la mujer, los hijos
los bártulos y enseres habituales,
su magra propiedad de bestezuelas
que en las casucas y los entretechos
libran batalla con el caos y el lodo.

¡La era del caballo y la carreta,
del machete, del lazo y de la espiga
es ahora la era tempestuosa

de la tromba, el ciclón, la bufonada,
del remo, el batelón y la canoa!

Los druidas del bosque, los druidas
que atisban entre sátiros y endriagos;
el puma, la pantera, el ocelote
que con terror y con asombro escrutan
hacen la corte colosal, silvestre,
del aluvión que se desborda en todo
y que se aúpa en la voraz catástrofe.

Se oye como un tremor en la hojarasca
del cacaotal que en los barrancos cede;
las boas se trenzan en los higuerones
y el anta emigra de los bejucales;
como en el Arca Bíblica, por pares,
la fauna toda entre bufidos corre
y en las tierras de Dios, en los oteros,
en cordial relación pacen y sufren
la cascabel, el toro, los antílopes,
la iguana, el armadillo, las vulpejas,
el perezoso, el puma y hasta el hombre.

La sensación, la angustia del peligro
los ha hermanado en el común despojo
y el instinto bestial de hombres y fieras
se ha resumido en la hermandad cristiana
que regirá lo que los campos duerman
bajo el peso brutal de tantas aguas.

Cuando yo muera

Cuando yo muera que nadie
bañe mi rostro con lágrimas.
Cuando yo muera que todos
me canten la Marsellesa,
la Marsellesa olvidada,
la que cantamos los pocos
que hemos vivido soñando.

Vayan cantando a mi entierro
como quien hace una fiesta;
la muerte será mi novia
mi novia y mi casamiento.

Cuando yo muera que planten
plantitas de tamarindo
de tamarindo plantitas
que planten sobre mi tumba.
pa' cuando el sol esté fuerte
salga pa' el fresco a sentarme,
pa' cuando nadie me mire
salga a sentarme a la sombra.

Camba trinitario

Camba trinitario,
como urina matrera te has metió nel monte
acosao por los perros;
esos perros cochinos
que redaman tu sangre
y la de tus hijos,
que entropaos te ladran
cuando vas p' al pueblo.

Esos:
prestación viar
tienda,
sordao,
polecía
¡Esos!

Pero no es pa' tanto,
salí pa' lo raso
mirá que eso es güeno;
vientito e' la pampa
mata sabandija;
vientito e' la pampa
rimedio es pa' pena;
vientito e' la pampa
corazón no yora;
vientito e' la pampa
sirrucho es pa' rico;
vientito e' la pampa
veneno es pa' perro.

Camba trinitario, salí pa' lo raso;
afilá tu jacha
y después que siesta juiga de pascana
metete ner pueblo
y jacete e' loco
y gorpeá con jacha,
joradá cabeza
y acabá con perro,
como en monte jacés chaqueao
y amontonás leña.

Camba trinitario,
pueblo es también tuyo:
"¡mardición de sucha no mata cabayo!"
¡Cormiyo de perro no e' tigre pa' camba!
¡Camba tiene jacha cuando ladra perro!

El tontochí

Ton, ton, *tontochíi*
ton, ton, *tontochíi*
ton, ton, *tontochíi*
ton, ton...

Ya viene el tontochí,
ya se oye muy cerca su sonoro son:
ton, ton, *tontochíi*
ton, ton, tontochíi
ton, ton, tontochíi
ton, ton...

Los viejos druidas,
popes engolados de anciana raza,
blandiendo sus toscos palos homicidas
entran en la plaza.

Vienen de la entraña pascua! de los siglos
portando sus crueles angustias mitayas,
y adoptan severas poses de vestiglos
tocando con luengas plumas guacamayas.
Cien plumajes baten en los altares patrios
al son de los pífanos que alegran la fiesta,

cien tambores crujen al pie de los atrios
y es coro y es trueno la infernal orquesta;
cien ecos repiten su sonoro son:
ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton...

Son los hipocampos que traen su amenaza
tallada en los gules rampantes de Thor,
son las cornucopias de la anciana raza
que hilvanan su danza ritual en la plaza,
mecidos del ronco tronar del tambor:
ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton...

Ya cortan los aires los toscos machetes
como cercenando monstruos invisibles;
las caudas troncales, como gallardetes,
transmiten al viento consignas terribles.
Belígeros signos, truécanos, rondeles
trazan sobre el fosco vientre de la tierra,
al par que el chirrido de cien cascabeles
repiten cien gritos llamando a la guerra.

La mirada inmóvil, los gestos hieráticos,
los labios resecos, la faz levantada,
parecen austeros santos asiáticos
deponiendo el rito de la edad sagrada.
Las blancas gualdrapas de sus camisetas,
que se abren al viento con hostiles bríos,
simulan fantasmas con torsos de atletas
que traen bendiciones y hacen desafíos.

A ratos evocan salvajes contiendas
libradas al rauda vaivén de los pies;
a veces parece que fueran ofrendas
que entregan, piadosos, al Supremo Juez;
y la escuadra austera, santa y ermitaña,
que es ola, que es tromba, brisa y huracán
nos muestra en su frente sudosa y huraña
todo el sortilegio que hay en la montaña,
toda la fiera ritual de Satán.

Ya se va el tontochí,
ya se oye más lejos su sonoro son:
ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton...

Los pífanos chillan,
los regios plumajes contra el cielo brillan;
los santos druidas se van del palacio;
las roncadas trompetas vaten el espacio;
las indias beodas, con garboso talle
siguen a la escuadra que va por la calle;
y junto a los popes de enormes cabezas
van también danzando viejas y abádesas,
mientras a lo lejos se oye más despacio,
más ronco y marchito y satánico el son:
ton, ton, tontochí;

ton, ton, tontochí;
ton, ton, tontochí;
ton, ton...

Volverán mañana, después de un invierno,
nautas sempiternos de la tradición,
trayendo en la frente su abanico eterno
y el sueño glorioso de su rendición
Volverán con paso de rito solemne,
como un holocausto de la eternidad,
con los taumaturgos de sangre perenne
a honrar los festejos de la Trinidad.

¡Honor a los bravos que dejan la plaza!
¡Hurra por los popes santos y altaneros!
¡Honor por a la antigua danza de la raza!
¡Hurra por la danza de "Los Macheteros"!

René Chávez Muñoz

(Magdalena, 19 de junio de 1906)

Tiene producción lírica y épica. Las modalidades del romance y del soneto le resultan particularmente adecuadas para su inspiración y su lenguaje. Hay en él gracia expresiva y temática folclórica, aunque a veces el poema se afecta de consonancias. Su poesía está saturada de objetivismo descriptivo que resta fuerza a la imagen. Por su lenguaje, es el poeta que ha sabido recoger, con afecto entrañable, los modos de expresión popular y nativista del hombre beniano.

Obra:

Antología póstuma (La Paz, 2004)

Beni

Tierra de olor de arrocillo,
de sangre movida y fuerte
que con vehemencia yo aspiro.
Quiero desde mi retiro
y hasta que llegue la muerte,
cual bramadero al novillo,
que me mancorne tu suerte.

Desde la orilla del río
quiero subir tu barranco
con fardos para tus bienes,
ya que eres rico y no tienes
lo elemental pa' vivir.

¿De qué te sirven las flores?
¿De qué tus finas maderas?
¿De qué tus verdes praderas
y el emporio de montes?

¿De qué el oro de tus venas,
la goma de tus cabañas
y el petróleo en tus entrañas?

¿De qué tus lindos vergeles
y tus preciosas mujeres
de puro olor de azahar?

¿De qué tus inmensas pampas,
todo el caudal de tus ríos,
los juncos de tus bajíos,

las miles clases de aves,
los peces de tus aguas,
los enjambres de animales
de tu acervo tropical?

¿De qué tu bello horizonte,
tu paisaje de cristal,
tu pujanza y tu ideal,
si de la popa a la proa
de riquezas de canoa
no halla-puerto pa' encostar?

Tienes que abrirte camino
hacia altura y océanos,
desafiando a tu sino
con la concha de tus manos.

Tierra fecunda del bien.
Tierra de vida en potencia.
Tienes que alzar tu existencia
cual torre móvil gigante,
hasta la orilla del mar
y hasta las crestas del Ande,
porque tu destino es grande
y no puedes sucumbir
tras rejas de piedra y tierra.

Vuelca tu pasión salvaje,
los músculos de tus ríos
y de tus hijos los bríos
para romper tu prisión,

¡porque no puedes vivir
encarcelado en tu prendio,
sin reclamar el remedio
que te libre de morir!

Moxanía

Tierra feraz do mi cuna
meció su hamaca siestera
entre bejucos y palmas
con mil jaguares de luna,
donde las voces de agua
dejan canciones muy puras
y gotas de tierno arrullo.

Sobre los lomos del río
cabalgan diestros luceros
portando fardos de lirios
chipenos de cien auroras,
y donde el hondo suspiro
es el llorar de los remos
con sus plegarias sonoras
para los hombres del Beni.

La verde piel de tu pampa,
estera de hoja y junquillo,
ya tienes rota la falda
hecha de goma y castaña,
y nadie quiere besarla
bajo una lluvia de luna
ni con alcohol de membrillo
ni con fulgores de sol.

El almohadón de tu playas,
sílice en polvo animado,
conoce tu desvelo
por ese largo abandono
que no has podido vencer,
pues tus gaviotas han vuelto
después de un viaje muy largo
con esa antigua semilla
y con la vieja promesa
que toma el pan muy amargo.

Tierra de olor a siringa,
sobre el buyón de tu sueño
defumas sangre de goma.
Tu niveo afán se coagula
y tu jornada concluye
cuando la noche asoma
con su sonata de grillos
y su invasión de luceros
para alumbrar tu destino.

¡Despierta el sol de verano
la chirimoya e' tus senos!
¡Lleve tu cuello de garza
sobre la cimba enroscada
esa tinaja de auroras
que moverá tu cintura
como la mueve mi mano
cuando bailamos alegres
por la pampa y por la llanura!

¡Sobre el cristal de tus aguas
canta tu remo viajero,
río abajo, río arriba,
hasta arrancar al lucero
el imperial pa' tu enagua
y un pañuelo de auroras
para la nueva partida!

¡Oh Beni, hijo del Beni,
tierra de sol y junquillo!

¡Oh Beni, padre del Beni,
abre conmigo el camino
de otra luna y otro sol!

Saludo al Beni

Sobre el nido de esperanzas y sueños
que guardó el continente
en la alfombra flotante que anida
sus mejores tesoros.
Sobre el ancho y verde mar
guarda y azul
de la pampa y la selva
cual crisálida en el hilo sutil
de sus empeños,
el Beni, corazón del hijo de Colón,
sobre panal de miel y seda
construyó su morada.

Sudor y lágrimas del Ande sempiterno,
son tus ríos,

¡oh Beni!
la sangre que aviva y vitaliza
tu pujante vivir.

Mimado por los besos del viento
sobre las treintidós madres cariñosas del horizonte,
en tu grávida entraña palpita
la preñez de los siglos.

Germen fecundo y caro
que late en la ola de sangre,
en el grano de la espiga,
en el pico del ave y en el corazón de la semilla,
en el ala del átomo
y en el rayo de sol,
en la gota del agua
y en el grano de arena.

Tuya es la sonrisa del tiempo
y tuyos los trinos del aire y de la aurora.
Tuyas fueron las entrañas del mar
y tuya la canción de sus olas,
como tuyo es el verbo de sus ninfas y tus hombres
y aún del propio corazón del continente.

Tuyas fueron las perlas y sus nidos de nácar
y el picaflor de luces que alumbró sus alcobas.

Tuya fue la gota de rocío
con que apagó su sed el moribundo.

Tuyo el pétalo rosado de la luna
que iluminó el camino de tus hombres en marcha...

Es tuyo, Beni, el canto
del tordo que pregona tu tibio amanecer
desde el cogollo en gema
de la palmera de tus horas de luz.

Son tuyos la vainilla y el cedro
y el vino del achachairú que endulza tu solar,
la leche espumante en el vaso de cristal de tus
empeños
y el carretón cargado de granos y racimos.

Siempre serán tuyos
el néctar y el perfume, la torcaza y el polen,
los trinos de la aurora,
el oro de la espiga
y las flores del jardín azul de autoctonía.

Siempre será tuyo el donaire,
cuello de garza y cintura de palmera,
el susurro del viento sobre el cañaveral,
la gambeta de las brisas sobre los arrozales
y el amor del bibosi
besando al motacú.

Beni.
Tierra fundida en el crisol cósmico de América,
con fuego de la sangre
de dos continentes,
vencedor del pasado, triunfador del presente,
adalid del futuro.

Beni.
Paladín del trabajo.
En el día de tus días y de tus glorias,
¡yo te saludo!

Evocación al Beni

Yo de tu suelo nací
brotando como brota el agua de tus paüros,
como nace la hierba en tu campo
y como florecen y perfuman
los tararaqis y los arrocillares de tus bajíos,
los chupurujumes de tus arrabales
las calenturas de tus pampas
y de tus bosques los vainillos y arraiganes.

Dame a beber en tutuma
el zomó de tus tinajas,
tu aloja de tamarindo
y tu guarapo de caña.
Pa' mi amargo tu payuje
y pa' mi sed tu chivé.

Dame masaco y cheruje,
quesillos y cuñapé,
capirotada y pasoca,
chipilos y tujuré
porque con ello, en muriendo
hasta el cielo llegaré.

Yo del mate de ordeñar
quiero la espuma de leche
tomar con hoja e' sinini,
quiero chupar cantarillos
llenitos de miel de abeja,
cual una amada de besos
de madrugada en su reja.

Quiero volver a pescar
en tus lagunas tranquilas,
y en la corriente del río
o en el mesón del recodo
la sabrosa palometa.
O en el anzuelo colgar,
o de buyuga en chalupa,
con mi liñada sacar
coronel o surubí.

Quiero de nuevo mangaba,
achachairú y aguahí
motojobobo y cayú
cedrillos y cupesí,
quiero chupar totaí
tureres y paquió
y escuchar al seboí
al tordo y al guajojó.

Quiero sentir los corcobos
del ternero en el corral;
quiero devorar la pampa
montando en pelo el tordillo,
y hasta tus playas llegar

con gaviotas y cuyabos
montando en cuello suave
sobre tu garza morena.

Suelo edén donde nací
jirón del cielo en la tierra,
naturaleza en tu predio
puso la grande que encierra.

Te evoco, tierra querida
con cariño y emoción,
porque me diste la vida
como nota en tu canción.

78

EN PREPARACIÓN..

